

EXAMEN DE CONCIENCIA

PARA LOS QUE NO ENCUENTRAN PECADOS

Para los que en no pocas ocasiones decimos: “no se qué pecados decir porque no encuentro” quizá pueda servir de orientación la siguiente lista, que bien podría titularse algo así como “elenco muy incompleto de defectos y actitudes defectuosas en que suelen incurrir las buenas personas”.

Como podréis observar, no se trata, en general, de cosas en sí necesariamente graves, sino de modos de ser, de pensar o de actuar que, aparte de desagradar a Dios, pueden hacer daño al alma y dificultar la vida de los demás. ¿Os imagináis, por ejemplo, lo dura que podemos hacer la vida de quienes con nosotros conviven –y más si de nosotros dependen– cuando nos dejamos dominar por el pesimismo, la intransigencia o la tacañería?

“Hemos de convencernos de que el mayor enemigo de la roca no es el pico o el hacha, ni el golpe de cualquier otro instrumento, por contundente que sea: es ese agua menuda que se mete, gota a gota, entre las grietas de la peña, hasta arruinar su estructura. El peligro más fuerte para el cristiano es despreciar la pelea en esas escaramuzas que calan poco a poco en el alma, hasta volverla blanda, quebradiza e indiferente, insensible a las voces de Dios”.

Se trata de saber si somos –y si desde la última confesión se nos ha notado claramente–, aparte de otras cosas más gordas:

caprichosos, tozudos, intransigentes, coléricos, irascibles, agresivos, discutidores implacables, quejicas, malhumorados, envidiosos, protestones por sistema, egoístas, susceptibles, tacaños, mezquinos, propensos al complejo de víctima, perezosos, comodones, flojos, sensuales, equilibristas de la impureza, noveleros, excesivamente soñadores, suavemente materialistas, irresponsables, frívolos, vacíos, superficiales, inconstantes, mentirosos, tramposos, faltos de autenticidad, desordenados, chapuceros, vanidosos, arrogantes, engreídos, impuntuales, rencorosos, murmuradores, chismosos, mal pensados, difamadores, duros para la comprensión, brutos en la expresión, mal dispuestos contra todo y todos, despreciativos, faltos de espíritu universal, fácilmente injustos, ingratos,

desagradecidos, poco propicios a la generosidad, indiferentes hacia los demás, aislacionistas, individualistas, sembradores de pesimismo, incrédulos por comodidad, irreverentes, poco piadosos, faltos de visión sobrenatural, faltos de confianza en Dios, sordos a su voluntad, propensos a olvidarnos de Él, distraídos en la liturgia, poco devotos de la Virgen...

Y examinar también:

- si desperdiciamos el tiempo,
- si vivimos permanentemente descontentos,
- si nos falta sentido del pudor,
- si estamos excesivamente seguros de las propias ideas,
- si nos sentimos como reyes no reconocidos o injustamente destronados, y, en consecuencia, siempre enfadados,
- si estamos en contra de todas las cosas,
- si vivimos exageradamente inquietos por el porvenir,
- si no nos preocupa el sufrimiento ajeno ni las injusticias,
- si sólo somos amables cuando nos conviene,
- si somos propensos a instrumentalizarlo todo hacia lo que nos conviene,
- si carecemos del “sentido del otro”,
- si pactamos fácilmente con la injusticia,
- si siempre lo vemos todo desde el punto de vista propio,
- si no damos limosna ni por casualidad,
- si somos negligentes en la educación de los hijos, quizá con el pretexto del mucho trabajo,
- si somos negligentes en la atención debida a los padres, esposa o esposo,
- si aumentamos innecesariamente la carga de los demás con caprichos y nuevas necesidades,
- si sólo nos preocupamos de que nuestros padres nos complazcan y rara vez les damos una alegría,
- si exigimos mucho y damos poco,

- si aceptamos la mediocridad en las cosas de Dios,
- si tenemos tendencia a confiar más en nosotros mismos que en la gracia,
- si descuidamos la oración personal,
- si no procuramos adquirir la debida formación religiosa,
- si damos por supuesto que el apostolado es cosa de los otros,
- si vivimos esquivando las cruces que nos santificarían,
- si sentimos celos por el progreso espiritual de los otros,
- si nos falta fe en el Magisterio de la Iglesia,
- si tenemos tendencia a criticarla,
- si nos consideramos el mejor intérprete del Vaticano II,
- si contribuimos al desprestigio de las personas consagradas a Dios,
- si somos tacaños en la ayuda económica a la Iglesia,
- si llegamos habitualmente tarde a misa,
- si descuidamos el ayuno y la abstinencia,
- si..., etc.

Después de esta relación meramente ejemplificativa, ¿continuaréis pensando algunos que todavía es difícil hallar –aun sin emplear demasiado tiempo–, cinco, seis, siete o diez pecados o defectos gordos de los que acusaros? Y si fuese así, ¿no sería cosa de ir pensando en introducir vuestro proceso de canonización? Ya os dais cuenta de que ese elenco no es sino un cajón de sastre, donde hay cosas que pueden ser, o llegar a ser, incompatibles con una vida cristiana de verdad. Y si, refiriéndoos a estas últimas, me dijeseis que son pequeñeces, yo podría responderos con palabras ajenas, muy llenas de razón y muy experimentadas: “Sí, verdaderamente: pero esas pequeñeces son el aceite, nuestro aceite, que mantienen viva y encendida la llama de la luz”.